

»ya; se exige que yo abandone á mis amigos, que los  
 »entregue á la persecucion de sus adversarios, y que yo  
 »mismo sea el que decrete esas persecuciones..... Díga-  
 »me V. francamente, Sr. Cuevas: ¿puedo yo hacer eso  
 »como caballero?—No, Señor; dijo Cuevas.—Pues lo que  
 »no puedo yo hacer como caballero, repuso Comonfort, no  
 »lo haré como presidente.» (1)

D. José María Gonzaga Cuevas respetó las ideas de su  
 interlocutor, y se retiró cautivado de la nobleza de senti-  
 mientos de Comonfort.

(1) Gobierno del general Comonfort, por D. Anselmo de la Portilla.

## CAPITULO XII.

Continúa la presidencia de Comonfort.—Coalicion de varios Estados desconociendo el plan de Tacubaya.—Pronunciamiento en la capital en sentido conservador contra Comonfort.—Injusto cargo de algunos periódicos liberales contra los españoles.—Digno comportamiento de varios oficiales del partido liberal.—Se pone Zuloaga al frente de los pronunciados.—Triunfan éstos en la capital.—Abandona la ciudad Comonfort.—D. Benito Juárez, que era presidente de la suprema corte de justicia, es reconocido presidente de la república por varios Estados que no estaban por el plan de Tacubaya.—Comonfort llega á Veracruz y se embarca para los Estados-Unidos.—Algunas palabras referentes á Comonfort.

1858.

Enero.

1858. Mientras en la capital de la república mexicana se efectuaban las entrevistas que dejo referidas, que solo servian para presentar al presidente en

toda su triste verdad la falsa posicion en que se habia colocado, la coalicion de los Estados que se habian declarado en contra del plan de Tacubaya, habia cobrado mas fuerza, pues se habian unido á ella los gobernadores de Aguascalientes, Zacatecas, Michoacan y Colima, y aun el Estado de Veracruz, que, adherido al principio al plan de Tacubaya, se separó de él poco despues, para hacer causa comun con los adictos á la constitucion. Los jefes de esta coalicion nombraron por general en jefe de las fuerzas, al general D. Anastasio Parrodi que reunia al talento militar, la influencia en el ejército.

No se amilanó el espíritu de D. Ignacio Comonfort ante los obtáculos que se le presentaban; y confiando en la lealtad y valor de las tropas que habian proclamado el plan de Tacubaya, y muy particularmente en la adhesion del general D. Félix Zuloaga que era el jefe de ellas, se propuso ponerse á la cabeza de un cuerpo de ejército, y marchar á reducir al órden á los jefes de la coalicion, dejando en la capital al expresado general Zuloaga.

Comonfort tenia confianza en hacer volver al órden á los gobernadores que se habian coligado, cuando se presentase con sus fuerzas y les hiciese comprender que no estaba con los conservadores, sino con el partido liberal justo; con el que anhelaba la libertad en el órden; las innovaciones en la justicia. Sabia que habian tomado aquella actitud hostil, porque consideraban el movimiento hecho en la capital, como un paso opuesto al órden legal; y confiaba en que abandonarían aquella actitud, cuando les convenciese de que nada se intentaba contra los derechos del pueblo, y que, por el contrario, el movimiento no se

habia verificado con otro objeto que con el de aceptar su libre voluntad.

Mientras el presidente Comonfort se ocupaba de hacer los preparativos necesarios para salir á campaña, los conservadores, viendo que no se habia declarado abiertamente por su causa, seguian trabajando con ahinco por un cambio completo en el personal del gobierno y en la política. Decian que habiéndose declarado en el plan de Tacubaya que cesaba de regir en la república la constitucion de 1857, Comonfort no cumplia con aquella declaracion solemne, puesto que permitia que los que se habian adjudicado bienes del clero por los decretos expedidos durante ella, continuaban en posesion de ellos, sin que se dictase medida ninguna para arreglar aquel importante asunto. El disgusto crecia, en consecuencia, entre los jefes que habian proclamado el plan de Tacubaya, y de esperarse era que se manifestase de una manera hostil.

Con efecto. Al amanecer del dia 11 de Enero, los habitantes de la capital de Méjico se vieron sorprendidos por un movimiento político, cuyas circunstancias se desconocian. En la ciudadela, San Agustin y Santo Domingo, se hallaban pronunciadas las tropas de la division Zuloaga, que habian levantado una acta desconociendo el gobierno de Comonfort, porque no habia cumplido rigurosamente con el plan de Tacubaya.

Los cuarteles de palacio, la Acordada, San Francisco y la Santísima, permanecian fieles á Comonfort. Los defensores del gobierno mandaron decir al presidente, que estaban dispuestos á combatir por él, y que, por lo mismo, ya que abrazaba de nuevo la constitucion, podia contar con ellos.

1858. El palacio se hallaba guarnecido por las  
Enero. fuerzas del general Rangel: las de los señores Picazo y Buenrostro estaban en la Santísima, bajo las órdenes del general Don Angel Trias. Los señores Revilla y Pedreguera y D. Vicente García Torres reunieron apresuradamente un número bastante crecido de defensores de la constitucion. Al palacio se enviaron muchas municiones y abundante artillería.

Los oficiales conservadores que habian estado ocultos en la capital, ó sin servicio, corrieron á alistarse en las filas de los pronunciados, entregándose á demostraciones de gozo y de alegría.

El general Zuloaga, á quien los pronunciados proclamaban, se presentó en palacio en la mañana misma de la asonada, y manifestó á Comonfort que el movimiento se habia verificado sin conocimiento suyo. Comonfort no le dirigió reconvencion ninguna, ni le molestó en lo mas mínimo.

El movimiento revolucionario habia sido verificado por el general D. José de la Parra.

Comonfort se propuso sostener su gobierno á todo trance, mandó poner en estado de defensa el palacio, montó á caballo, dejó al general Zuloaga en libertad, y en seguida recorrió toda la línea que ocupaban los tropas que se conservaron fieles y cuyo número ascendia en aquellos instantes á 2,000 hombres.

El general Don Félix Zuloaga, al verse libre y fuera de palacio, se dirigió á la ciudadela á desempeñar su mision de general en jefe del ejército regenerador, que era el nombre que tomaron las tropas pronunciadas.

Tambien en este movimiento trató, por desgracia, la prensa liberal de hacer creer que los españoles residentes en la capital tomaban una parte activa. En las circunstancias criticas en que se encontraba el país; en medio de la incertidumbre de si se declararia ó no la guerra entre Méjico y España; cuando la ciudad se encontraba dividida en dos bandos prontos á venir á las armas; cuando la autoridad, por lo mismo, era imposible que vigilara en las calles retiradas y suburbios por las garantías individuales, era altamente imprudente, presentar á los españoles como enemigos de uno de los partidos y auxiliares del otro. «En Santo Domingo,» decia uno de esos periódicos, «se han reunido multitud de españoles que han tomado las armas en favor del nuevo movimiento.» (1) Otro periódico decia: «En Santo Domingo tiene el mando el señor Perez Gomez, coronel que fué de guias de S. A. S. Se han unido muchos españoles.» (2) Esta noticia que excitaba los ánimos de los partidarios de la constitucion contra los peninsulares, la presentaba con mas ofensivos colores el mismo periódico en otro de sus números. «En Santo Domingo,» aseguraba, «se han formado dos cuerpos, uno de españoles al mando del Sr. Perez Gomez, y otro de mejicanos al mando del señor Parra, porque unos y otros no quieren reconocer á un mismo jefe.» El *Trait d'Union*, periódico francés, hablando de que antes de romper las hostilidades se trataba de ver si se podian avenir las partes contendientes á un arreglo

(1) *El Monitor Republicano.*

(2) *Siglo XIX.*

pacífico, decía: «Se dice que el señor Perez Gomez se  
 »opone á todo arreglo, y abandonará Santo Domingo para  
 »refugiarse en el convento de la Concepcion con la mayor  
 »parte de los españoles complicados en el movimiento.» Y  
 1858. en una proclama suscrita por un jefe progre-  
 Enero. sista, que insertó *El Monitor Republicano* el  
 día 16, se leían estas palabras: «¿Por qué motivo se mezclan  
 »los españoles en nuestras disensiones políticas?... ¿acaso  
 »nosotros ó nuestros compatriotas hemos ido á revolver su  
 »país?... ¡Miserables! se acerca la hora de la justicia, y  
 »las cabezas de ellos, así como las de los traidores meji-  
 »canos que se les han unido, rodarán por el suelo bajo la  
 »cuchilla de la ley.»

No eran ni esas noticias ni las palabras de la proclama  
 las mas á propósito para tranquilizar á los comerciantes  
 españoles que tenían sus tiendas por los barrios mas reti-  
 rados del centro de la ciudad, ni mucho menos eran jus-  
 tas aquellas inculpaciones, puesto que nadie habia toma-  
 do parte en el movimiento. Si habia en las tropas conser-  
 vadoras algunos jefes de origen español, tambien los habia  
 en el liberal, como Emilio Rey, Regules y otros. Pero así  
 los unos como los otros, cuyo número era bien corto, per-  
 tenecian ya á la nacionalidad mejicana. En España y  
 sirviendo en el ejército español, se han contado siempre  
 varios mejicanos como los generales, Topete, Castillo, los  
 Conchas, Pareja, Narciso Lopez y otros dignos jefes que  
 han figurado dignamente, y á los cuales, lejos de echar-  
 les en cara su origen, se les ha considerado como era de-  
 bido, puesto que se habian hecho ciudadanos españoles,  
 aun mas que á los mismos militares nacidos en la penín-

sula. Esto es justo, y los muchos y buenos mejicanos que  
 viven en España alta y merecidamente apreciados, jamás  
 han tenido la pena de ver que en los cambios políticos en  
 que aquellos han tomado parte, se haya mencionado para  
 nada el nombre de Méjico ni de los mejicanos.

En la república mejicana, donde la índole del pueblo  
 es inmejorable, sucederá lo mismo, cuando ciertos perio-  
 distas y algunos fingidos patriotas comprendan que es  
 un recurso bastardo y perjudicial el herir la nacionali-  
 dad del extranjero honrado y laborioso, solo porque al-  
 gunos, que dejan ya de serlo, se mezclan en sus contien-  
 das políticas.

Era una inculpacion gratuita la hecha por algunos de  
 los periódicos liberales á los españoles de la capital, di-  
 ciendo que habian ido á tomar las armas á Santo Domín-  
 go para luchar contra el partido liberal. Los españoles  
 estuvieron muy lejos de mezclarse en la lucha que se  
 preparaba. Nadie se movió de su casa; nadie abandonó su  
 negociacion ni su trabajo para adherirse á ninguno de los  
 partidos, y así lo hizo saber el periódico *La Sociedad*, des-  
 mintiendo las noticias que respecto de ellos se habian da-  
 do. «En vano los periódicos liberales,» decía, «tratan de  
 »hacer creer que en Santo Domingo hay multitud de es-  
 »pañoles. La poblacion toda visita los puntos de los pro-  
 »nunciados, y ve quienes son los defensores de tales pun-  
 »tos.»

El mismo cónsul general de España, D. Telesforo G. de  
 Escalante, creyendo de su deber desmentir una noticia  
 que podia ser motivo de tristes consecuencias en las cir-  
 cunstancias de efervescencia política en que se encontra-

ban las pasiones, envió al *Diario de Avisos*, pocos días después de terminada la lucha, un remitido en que decía: «Uno ó dos periódicos de esta capital y una hoja suelta que con el título de *Boletín de noticias*, salía de la imprenta de *El Monitor Republicano*, se distinguieron en calumniar á los españoles, asegurando con singular aplomo, que gran número de ellos (que hacían subir á más de trescientos) se habían presentado á engrosar las filas de los que ocuparon á Santo Domingo y otros puntos de la ciudad, entonces pronunciados. Aun cuando apareciese claro y altamente censurable el objeto que se proponían aquellas publicaciones, las leí con indiferencia, porque era aun más patente su falsedad, y el sentimiento de desprecio que causaron en el público todo, tan extrañas invenciones, que tiempo es ya dejen de explotar los que se precien de ilustrados y de honradez, cualquiera que sea el bando político á que pertenezcan, de los que por desgracia dividen esta república. Mas como también han visto la luz pública algunos documentos que, revestidos de carácter oficial, dan otra importancia á las calumniosas acusaciones referidas, me veo en el caso de rechazarlas de un modo explícito y con la misma publicidad con que ellas han sido defendidas.» (1)

(1) El remitido completo decía así:

«Consulado general de España en Méjico.—Señores editores del *Diario de Avisos*.—Méjico, Enero 27 de 1858.—Muy señores míos: Ruego á VV. se sirvan dar cabida en un lugar preferente de su ilustrado periódico, á la siguiente rectificación, que cumple á mi deber y á la verdad hacer que conste.

«Uno ó dos periódicos de esta capital, y una hoja suelta que con el título de

Me he creído obligado á hacer esta justa aclaración de la verdad, para dar á conocer al lector las especies que se vertían contra los españoles, porque existiendo esas acusaciones en muchos de los periódicos liberales de aquella época sin que nunca hubiesen tenido la franqueza de rectificarlas, no obstante verlas desmentidas, podría algún escritor que tratase de tocar el expresado período, presentarlas al público como una verdad reconocida.

Varios días transcurrieron en leves escaramuzas y en prepararse uno y otro bando para el combate. Las fuerzas del gobierno iban entre tanto engrosando con refuerzos que de algunas poblaciones próximas á la capital enviaban las autoridades, y las de los pronunciados con va-

*Boletín de Noticias* salía de la imprenta del *Monitor Republicano*, se distinguieron en calumniar á los españoles, asegurando con singular aplomo, que gran número de ellos (que hacían subir á más de trescientos) se habían presentado á engrosar las filas de los que ocuparon á Santo Domingo y otros puntos de la ciudad, entonces pronunciados. Aun cuando apareciese claro y altamente censurable el objeto que se proponían aquellas publicaciones, las leí con indiferencia, porque era aun más patente su falsedad, y el sentimiento de desprecio que causaron en el público todo, tan extrañas invenciones, que tiempo es ya dejen de explotar los que se precien de ilustrados y de honradez, cualquiera que sea el bando político á que pertenezcan, de los que por desgracia dividen esta república.

«Mas como también han visto la luz pública algunos documentos que revestidos de carácter oficial, dan otra importancia á las calumniosas acusaciones referidas, me veo en el caso de rechazarlas de un modo explícito, y con la misma publicidad con que ellas han sido difundidas. Es ajeno de mi carácter y de mi posición el calificar con acritud el tristísimo recurso con que se incita al patriotismo para la injusta persecución de los españoles, que entregados á ejercicios útiles y honrosos, para nada se mezclan y nada tienen que ver con las vicisitudes políticas del país. Los que en ellas toman parte alistándose en

rias guerrillas que se encontraban en puntos próximos á Méjico.

A la una de la tarde del 14 de Enero los repiques en las iglesias próximas á los puntos que ocupaban los sublevados, y los cohetes voladores, anunciaban una plausible nueva para ellos. Con efecto, lo era. Los caudillos mas notables y populares del partido conservador; los valientes jóvenes Don Luis G. Osollo y Don Miguel Miramon entraban en la ciudad, y despues de haber hablado con los jefes disidentes que ocupaban San Agustin, pasaron por junto á la línea de las tropas del gobierno, esto es, por la calle del Puente del Espíritu Santo, Refugio, la Palma y la Alcaecería, para presentarse á los jefes conservadores que ocupaban el punto de Santo Domingo.

las filas militares, es claro que dejan de ser súbditos españoles y se convierten en mejicanos, como lo son hace mucho tiempo los pocos que han figurado en el último movimiento: pero aun concediénd á estos mejicanos ya por naturalizacion el carácter de súbditos españoles, nunca se justificará que pasan (si llegan) de doce los que aquí se hallaron en los puntos mencionados. Méjico todo presencié el desfile que hicieron el dia 21 del que rige, por la plaza mayor todas las fuerzas que estuvieron en Santo Domingo, San Agustin, la Ciudadela y demás puntos; apelo á su testimonio y al de los mismos que los acusan, si tambien lo presenciaron, para que digan si el número de españoles pasaba del que queda referido. Por lo demás, que hayan sido muchos ó pocos los súbditos españoles, así como los de otras potencias, tienen el derecho natural y la libertad individual de adoptar la nacionalidad que mas les convenga, sin otra consecuencia, respecto á los primeros, que la de ser ó dejar de ser súbditos de S. M. C.

»Me lisonjeo de que los periódicos de esta capital y de los Estados se servirán reproducir esta rectificacion, que espero publicará tambien el *Diario Oficial* con la competente autorizacion.

»Soy de VV., señores redactores, su mas atento servidor que SS. MM. B.—  
*Telesforo G. de Escalante*, cónsul general de España.»

La llegada de Osollo y Miramon, llenó de entusiasmo y confianza á los pronunciados.

Como en las cuestiones políticas el afan de cada partido es desconceptuar al otro atribuyéndole hechos punibles y poco honrosos, mientras en el campamento liberal corrian las especies mas ofensivas para los conservadores, en el de estos se daba noticia de un hecho cruel atribuido á los liberales. Se decia que estos, sin formacion de causa, y solo por odio al clero, habian fusilado al presbítero Don Múcio Valdovinos, sacerdote de gran capacidad y virtud, dando por pretexto que se habia dirigido á un cuartel de los del gobierno á seducir á la tropa. Esto indignó al pueblo; y sin embargo, nada estaba mas lejos de la verdad que aquel hecho. Cierto es que el sacerdote Don Múcio Valdovinos fué puesto preso por un jefe que  
1858.  
Enero. se hallaba en el cuartel de San Francisco, que al oírle preguntar por una persona, le juzgó conspirador; pero cierto es tambien que en compensacion de aquel acto arbitrario de un individuo, halló en todos los demás jefes y oficiales del partido liberal, deferencias y consideraciones que me complazco en consignar, porque ellas revelan que, en medio de las terribles discordias civiles, los mejicanos, salvo algunas excepciones, conservan sus generosos sentimientos. Despues de haber transcurrido cosa de diez minutos, entró al cuarto en que le habian puesto preso, un ayudante apellidado Rizo, que le hizo saber que tenia orden de conducirle al cuartel de la Santísima. El presbítero Don Múcio Valdovinos salió entonces con el referido ayudante, y se dirigió al cuartel expresado. En todo el largo tránsito que hay